

UNA REFLEXION SOBRE LO ESPAÑOL

La experiencia de destierro en Juan Goytisolo

Por José Luis ABELLAN

NO soy crítico de novelas ni pretendo hacer una incursión fraudulenta dentro de ese campo, que no es el mío. Pero me dolería dejar pasar la ocasión que la reciente publicación de una novela de Juan Goytisolo —o mejor dicho, el reciente permiso para su difusión en España— ofrece para tratar un tema de máxima importancia en el panorama actual de nuestra cultura. Me refiero a «Juan sin tierra» (1), última obra de una trilogía que empezó con «Señas de identidad» (1966), que continuó con «Reivindicación del conde don Julián» (1970) y ahora termina con esta obra, que parece como la conclusión de un silogismo cuya primera premisa estaba ya puesta en la novela que inició esta trayectoria, donde se plantea el problema de la identidad nacional del protagonista. No hay la menor duda sobre la identificación entre protagonista y autor, y si la hubiera, el propio Goytisolo ha venido a deshacer cualquier equívoco en su prólogo a la «Obra inglesa», de Blanco White (2), donde se compenetra a través del citado autor con la psicología del que podría ser figura prototípica de nuestros emigrados.

Si en Señas de identidad lo que se planteaba lisa y llanamente era el problema que hemos llamado más arriba de la identidad nacional del protagonista, en la Reivindicación lo que tenemos es ya un claro rechazo de su propia cultura desde otra claramente exógena, como es la cultura árabe, que es en definitiva lo que quiere expresarse al reivindicarse la traición del conde don Julián; si ésta tuvo como justificación la venganza por la violación de su propia hija, en el caso del protagonista de la novela la supuesta traición tiene una justificación mucho mayor: es la violación de toda la cultura de un pueblo. La contradicción de la novela está precisamente en que siendo un rechazo de la cultura española, no deja de ser un claro y alto exponente de la misma, al estar escrita en español y aprovecharse de su tradición maldita. En definitiva, esta tradición maldita es la que reivindica también Goytisolo en su citado ensayo sobre Blanco White, y en el más reciente sobre Quevedo (3).

UN COMODO LUGAR

La contradicción de la Reivindicación pretende resolverse, sin conseguirlo, desde luego— en Juan sin tierra, cuando el protagonista intenta «desacostumbrarse de su lengua», mediante una transición hacia el árabe a través de transgresiones gráficas y fonéticas que imitan el andaluz y el cubano hablado. En esta última ya no hay, pues, problema de identidad; en ella, la personalidad del protagonista se ha disuelto culturalmente en un intento de lúcido acercamiento a la realidad de los instintos sin valoraciones de ningún tipo. Desde este punto de vista nos encontramos probablemente con la novela si

este libro es una novela— más iconoclasta de la literatura española. Mal que le pese a Goytisolo, este sigue siendo un libro —y un gran libro— escrito en castellano, donde no sólo se produce una rebelión contra la literatura clásica, sino contra todo el actual sistema de valores de la cultura occidental: se critica la organización social, las creencias religiosas, las costumbres sexuales (desde las más tradicionales a las más avanzadas), los patrones lingüísticos y los modelos literarios... La obra es profundamente anarquista y si hay algún mensaje, quizá hay que buscarlo en uno de los lemas que pone al principio del libro: aquel que dice, «Estoy totalmente muerto para la decencia.» Y, sin embargo, bajo este aparente immoralismo quizá haya algo más profundo: el deseo de asumir la totalidad de la realidad, y dentro de ella, apurar las heces de la humano en sus más contra-



Goytisolo: Tu fuero ya no es tu fuero

dictorias y repugnantes dimensiones. El problema para el hombre reflexivo empieza cuando se detiene a considerar si ese camino conduce realmente a lo humano, o más bien lo disuelve, nos aleja de lo propiamente humano y acaba confundiendo —sin matices diferenciadores— al hombre con el animal.

Pero, en cualquier caso, a nadie le cabe dudar que esta obra de Goytisolo es la culminación de una reflexión sobre lo español, producto de las acuciantes circunstancias que hemos vivido durante los últimos cuarenta años. Juan sin tierra, que empieza su peregrinación por diversos países y lugares —desde Cuba al país de Nubia—, continúa su indagación a través del tiempo histórico, rechazando una cultura que viene desde Séneca, pasa por el Arcipreste, llega a Menéndez Pelayo y se identifica con ideales de Imperio, Inquisición o, más modernamente, una industrialización reflejada en esa felicidad publicitaria de «la parejita ovillada en el calor de su vida hogareña, feliz y satisfecha de sí misma», símbolo de un holgado «status» social, capaz de satisfacer sus «voraces apetitos de posesión: coca-cola, cerveza helada, lápices de labios, klinex, desodorantes, whisky on the rocks, neveras, magnetófonos, automóviles, viajes, psiquiatra, tarjetas de crédito, dietas, gimnasia, curas de relajación». Por eso, para el protagonista de Juan sin tierra España se ha convertido en «cómodo lugar de paso por la ruta que lleva a Marruecos.»

CONCIENCIA NACIONAL

El español «patriota», dispuesto a conminar esta literatura con un irrevocable anatema, por su traición a la historia y a la cultura española, debería pensarlo antes un poco y hacer un examen de conciencia sobre hasta qué punto no le corresponde ninguna responsabilidad en la construcción de una España incapaz de transigir con los discrepantes, las minorías disidentes, los heterodoxos o los marginados... Porque la obra de Goytisolo es quizá la mayor ilustración literaria del drama del des-terrado, que no es otra la figura social que personifica ese «Juan sin tierra» de su novela. Hay un párrafo que no puede estar más claro; dice así: «Cuando las voces brancas del país que desprecias ofenden tus oídos, el asombro te invade: ¿Qué más quieren de ti? ¿No has saldado la deuda? El

exilio te ha convertido en un ser distinto, que no tiene nada que ver con el que conocieron; su ley ya no es tu ley; su fuero ya no es tu fuero; nadie te espera en Itaca; anónimo como cualquier forastero, visitarás tu propia mansión y te ladrarán los perros; tu chilaba de espantapájaros se confunde con la de los habituales mendigos y alegremente aceptarás la ofrenda de unas monedas; el asco, la commiseración, el desdén, serán la garantía de tu triunfo; eres el rey de tu propio mundo y tu soberanía se extiende a todos los confines del desierto; vestido con los harapos de tu fauna de origen, alimentándote de sus restos, acamparás en sus basureros y albañales mientras afilas cuidadosamente la navaja con la que un día cumplirás tu justicia; la libertad de los parias es tuya, y no volverás atrás.»

El drama del exilio, del que tanto se habla ahora, está aquí con fuerza dramática desconocida. No nos sorprende el caso del exiliado que, tras cuarenta años de destierro, se siente español y ha permanecido fiel a su cultura de origen. Pero, ¿por qué tiene que sorprendernos el caso contrario? ¿Tiene algo de extraño que quien ha sido expulsado de su patria, reniegue de esta e intente arraigarse en otro mundo, aunque sea tan aparentemente opuesto al nuestro, como el marroquí? ¿No debe ser —por el contrario— un caso así reto para todos nosotros en un noble afán de construir una patria donde todos quepamos?

Si cerramos los ojos a hechos tan flagrantes como los que esta trilogía de Goytisolo presenta, lo que estamos haciendo es propiciar su existencia. Por otro lado, el fenómeno es de plena actualidad. Los cuarenta años de franquismo nos han dejado ayunos de toda «conciencia nacional», y ello parece que ha quedado bien patente en la reciente polémica sobre regiones y nacionalidades, donde esa conciencia ha brillado por su ausencia. Pero el tema es suficientemente serio para que requiera un tratamiento independiente y mucho más largo, que trataremos de hacer pronto en otro lugar.

(1) Juan Goytisolo, «Juan sin tierra». Barcelona, 1975.

(2) «Obra inglesa», de José María Blanco White. Ed. y prólogo de Juan Goytisolo. Buenos Aires, 1972.

(3) «Quevedo: la obsesión excremental». «Triunfo», número 710, 4 septiembre 1976.